



El discurso amoroso como discurso enamorado. La obra de Roland Barthes a la luz de las teorías contemporáneas del afecto¹

María do Cebreiro Rábade Villar²

Recibido: 06/10/2015
Aceptado: 10/12/2015

Resumen

En los últimos años, las ciencias físicas, sociales y humanísticas están concediendo una relevancia cada vez más notable al análisis de las emociones. Distintos factores avalan esta consideración. Podemos mencionar, entre otros, la diversidad de los campos disciplinares implicados en el estudio de los procesos afectivos (neurociencia, psicología cognitiva, historia social, geografía cultural, estudios literarios) o la reciente apertura de centros de investigación sobre la teoría y la historia de las emociones en instituciones tan prestigiosas como la Universidad de Londres o el Instituto Max Planck de Berlín. En el ámbito de las ciencias sociales y de las humanidades, el denominado “giro afectivo” [*affective turn*] (Clough, Seighworth) ha posibilitado una comprensión más cabal de prácticas y objetos culturales que tradicionalmente habían recibido una conceptualización deficitaria. Sin embargo, es perceptible cierta desatención de la perspectiva literaria en los debates en torno a los afectos, aun cuando el vínculo entre la literatura y la vida emocional de los individuos y de las comunidades ha sido, desde antiguo, muy fecundo y estrecho. El fin último de esta propuesta es defender un recentramiento de la atención hacia los afectos por parte de los estudios literarios en general y de la teoría literaria en particular, tomando como estímulo y orientación el discurso amoroso del crítico francés Roland Barthes.

Palabras clave

Roland Barthes – “giro afectivo” – placer – escritura [*écriture*] – crítica – amor.

¹ En la medida en que reflexiona críticamente sobre algunos de los principales paradigmas de los *affect studies*, este trabajo se sitúa al amparo del proyecto de investigación “La proyección del lugar: Compostela en su imaginario geoliterario (1844-1926). Sistemas de Información Geográfica y Humanidades Espaciales”, dirigido por los profesores Fernando Cabo Aseguinolaza (Universidad de Santiago de Compostela) y Enrique Santos Unamuno (Universidad de Extremadura). Mi principal cometido en dicho proyecto es explorar las condiciones de posibilidad de un mapa digital de fundamento emotivo, a partir de un examen crítico de la bibliografía reciente sobre historia y teoría de los afectos.

² Doctora en Filología Hispánica, Universidad de Santiago de Compostela (USC). Es profesora del Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Lingüística General de la USC. Sus principales líneas de investigación son el estudio de las antologías en el ámbito peninsular, la poesía contemporánea, la teoría del poema, la teoría y la historia de las emociones y el análisis de la obra narrativa de Rosalía de Castro. Contacto: m.rabade@usc.es

Abstract

In the last few years, physical, social and humanistic sciences are placing an ever increasing importance in the analysis of emotions. Several factors endorse this consideration. We could point out, among others, the diversity of the disciplines involved in the study of affective processes (neuroscience, cognitive psychology, social history, cultural geography, literary studies) or the recent opening of research centres concerned with theory and history of emotions in prestigious institutes such as the University of London or the Max Planck Institute in Berlin. Regarding social sciences and humanities, the so-called *affective turn* (Clough, Seighworth) has made it possible to gain a better understanding of cultural practices and objects that traditionally lacked conceptualisation. However, the literary perspective in the discussion regarding affections still lacks a deep analysis, even though the link between literature and emotions in individuals and communities has always been close and fruitful. The goal of this proposal is to defend a new focus on affections by literary studies in general and literary theory in particular, taking French author Roland Barthes' discourse as a guide and stimulus.

Keywords

Roland Barthes – “affective turn” – pleasure – writing [*écriture*] – criticism – love

El amor es un motivo –una lexía, podríamos decir, empleando una palabra querida por el autor– que atraviesa la totalidad de la obra de Roland Barthes. Lo vemos con claridad meridiana en libros como *Fragmentos de un discurso amoroso* (1982) que en su época alcanzó casi la categoría de *best seller*, con algo de *Bildungsroman* generacional. Pero el amor comparece también en ensayos de carácter más técnico, como en los comentarios críticos a los textos de Racine, Coti, Fromentin, Flaubert, Balzac, Proust o Gide, dispersos a lo largo de su obra, o en los libros *El placer del texto* (1974), *Sade, Fourier, Loyola* (1977) o *Cómo vivir juntos* (2004), entre otros. En este contexto, podríamos preguntarnos por qué esta dimensión del *corpus* barthesiano apenas ha sido objeto de aproximaciones críticas, aunque es de justicia reseñar la edición de un importante documento, primorosamente editado por Claude Coste: el seminario que sobre el amor impartió Barthes en la *École des hautes études en sciences sociales* entre los años 1974 y 1976, y que se sitúa en el origen de los mencionados *Fragmentos de un discurso amoroso*.

La desatención relativa de la isotopía –o, mejor, atopía³– del amor en Barthes resulta especialmente paradójica sobre todo si tenemos en cuenta el regreso de los afectos a la escena de los estudios sociales y culturales, en la órbita de lo que Clough y Halley (2007) han denominado “giro afectivo” [*affective turn*]. Este giro se ha traducido en una transformación de los intereses teóricos que tiene a su vez fuertes implicaciones éticas y políticas, y que ha adquirido diferentes modulaciones dependiendo de la variabilidad cultural de los ámbitos intelectuales en juego. De modo sumario, podríamos distinguir aquí tres grandes áreas de estudio sobre las emociones. Por una parte, los

³ La atopía del discurso amoroso es un motivo de origen socrático, a su vez retoma el filósofo de origen coreano Byung-Chul Han, precisamente a propósito de Barthes: “El Eros se dirige al otro en sentido enfático, que no puede alcanzarse bajo el régimen del yo. Por eso, en el infierno de lo igual, al que la sociedad actual se asemeja cada vez más, no hay ninguna experiencia erótica. Esta presupone la asimetría y exterioridad del otro. No es casual que Sócrates, como amado, se llame *atopos*. El otro, que yo deseo y que me fascina, *carece de lugar*. Se sustrae al lenguaje de lo igual” (Han 2011: 10).

affect studies norteamericanos (Massumi 2002, Sedgwich 2003, Seigworth 2010), abiertamente influidos por la teoría *queer*. En segundo lugar, el campo de la historia de las emociones, capaz de crear puentes entre el contexto universitario estadounidense –así lo confirman un artículo pionero del matrimonio Stearns (1985) o las investigaciones de William Reddy (2001)– y el contexto europeo. Buena prueba de ello es la reciente publicación del magnífico volumen *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History* (2015), editado por Luisa Elena Delgado, Pura Fernández y Jo Labanyi, que proyecta con eficacia métodos importados de la historia cultural. En tercer lugar, podríamos mencionar el influjo de la teoría de las emociones en la filosofía política y en la teoría del sujeto, orientación que resulta particularmente visible en el contexto latinoamericano en general, y argentino en particular. Entre otros ejemplos, así lo testimonia la traducción y comentario del seminario de Gilles Deleuze (2011) sobre Spinoza realizados por el Equipo Cactus. Pero lo cierto es que en ninguno de los tres ámbitos académicos señalados ha sonado con fuerza el nombre de Roland Barthes, y ello a pesar de que el *corpus* barthesiano fue traducido desde fechas tempranas a otras lenguas –en el caso del español, gracias sobre todo a los mercados del libro mexicano, venezolano y argentino–.

Probablemente la relativa obliteración del discurso amoroso de Barthes obedezca a dos causas, íntimamente relacionadas entre sí: a) la tendencia a la tematización de los afectos, entendidos como meros significados o contenidos del lenguaje (sea este verbal o imaginario) en el análisis de las emociones y b) el privilegio de la lectura estructuralista y semiológica de la obra barthesiana, en cierto modo justificable pero sin duda restrictiva, sobre todo si tenemos en cuenta la evolución del autor hacia posiciones, si no distantes, sí abiertamente críticas con respecto al estructuralismo. A continuación nos referiremos, de modo necesariamente sumario, a algunas de las principales corrientes teóricas en el estudio del afecto, provenientes de ámbitos tan dispares como la filosofía, la neuropsicología, las ciencias cognitivas o la sociología. El principal objetivo de esta rápida cala es tratar de explicar por qué el saber teórico-literario se ha situado en modo refractario o a remolque del denominado “giro afectivo” y en qué medida la concepción de Roland Barthes sobre los afectos constituye un fuerte desafío a los prejuicios arriba enunciados. En último término, podríamos afirmar que ambos –la tematización del afecto y el privilegio concedido al estructuralismo– se sustentan en una concepción deficiente de la relación entre lenguaje y metalenguaje en la obra del autor. A este respecto, en su introducción a la edición francesa del citado *Seminario* Claude Coste señala que “en su obra Roland Barthes niega toda validez al ‘metalenguaje’, es decir, a una forma de lenguaje que se diferencia por su esencia de un lenguaje primario que tiene la función de comentar. Ningún discurso tiene la última palabra: las palabras se suman a las palabras, sin la menor superioridad de uno sobre otro y el discurso sobre el amor no se diferencia básicamente del discurso amoroso”. (Coste en Barthes 2011: 37)

En consecuencia, para Barthes las emociones –como el placer, el deseo o el goce– no pueden ser concebidas al modo ontológico, sino relacional. O, si lo preferimos, en su discurso no son objetos, sino relaciones y efectos (principalmente de lectura). El amor no actúa, pues, como una entidad delimitada en un espectro más o menos finito de entidades –tal y como gustan de caracterizarlo las teorías de fundamento biologicista–, sino como una contingencia, una refracción con respecto al

hábito, un accidente. Este entendimiento *evenemental* del amor, sostenido en el presente desde la filosofía por autores como Alain Badiou (2008) o Slavoj Žižek (2014), ya había tenido en Roland Barthes consecuencias teóricas muy profundas. La abolición de la diferencia entre la escritura y la metaescritura es una de las más importantes, pero no la única. Pensemos, sin ir más lejos, en su apuesta por una crítica alejada de lo intencional y de las instancias de subjetividad derivadas del concepto decimonónico de *autoría*. Para Barthes las emociones no serían proyecciones del autor, pero tampoco *están* en los textos, es decir, no son algo que un escritor pueda *alojar* o *hacer residir* en una obra. Si el sentimiento amoroso está del lado de lo imprevisible, las emociones serían, más bien, el efecto incalculable de una obra en un lector. Y en la medida en que el crítico atribuye a la lectura potencialidades creativas, fuertemente sustentadas en el placer y en el azar, tanto el acto de la lectura como el acto amoroso serán concebidos en su obra como fuertes potencias de transformación.

Contra la soledad del discurso amoroso

Tal vez la cita más justamente recordada del libro *Fragmentos de un discurso amoroso* sea aquella que lo funda argumentalmente desde el inicio: “el discurso amoroso es hoy de una extrema soledad. Es un discurso tal vez hablado por miles de personas (¿quién lo sabe?), pero al que nadie sostiene; está completamente abandonado por los lenguajes circundantes: o ignorado, o despreciado o escarnecido por ellos.” (Barthes 1982: 11). En vida del autor, probablemente la soledad del discurso amoroso tenía que ver con la emergencia de una serie de lenguajes entre los que, sin pretensiones de exhaustividad, y apoyándonos en el propio contradiscurso barthesiano, podríamos mencionar los de la pornografía, la publicidad o el culto al cuerpo. Pero no conviene perder de vista que, al menos desde mediados de los años setenta, Barthes había ido tomando distancia de la ética deshumanizadora del estructuralismo, en muchos sentidos condensada en la célebre y visionaria sentencia que da término al libro *Las palabras y las cosas*, donde Foucault anuncia la borradura del ser humano, “como en los límites del mar un rostro de arena.” (1999: 375)

Si tenemos en cuenta que el estructuralismo operó como el gran método y lenguaje de las ciencias sociales de la segunda mitad del siglo XX, no es difícil calibrar el éxito de su empresa deshumanizadora, especialmente en todos aquellos saberes —de modo privilegiado, el literario— sobre los que había actuado de un modo más radical. La fuerte impronta de los modelos formalistas de aproximación a la literatura a lo largo del pasado siglo, muy notable hasta fechas recientes, ha dificultado la posibilidad de un estudio riguroso de aquellos elementos que parecerían escapar al análisis sistemático, bajo la asunción implícita de que los sentimientos y las emociones tendrían un carácter inaprehensible, o incluso inefable. De ahí el carácter en buena medida disruptivo del arranque de un pequeño texto de Antoine Compagnon, presentado en el año 2006 como discurso de acceso a cátedra en el Collège de France, bajo el provocador título de *¿Para qué sirve la literatura?*:

La literatura desconcierta, molesta, despista, desorienta más que los discursos filosóficos, sociológicos o psicológicos, porque se dirige a las emociones y a la empatía. De este modo, recorre regiones de la experiencia que los otros discursos

desdeñan, pero que la ficción reconoce en los menores detalles. Según la hermosa expresión de Hermann Broch “la única moral de la novela es el conocimiento”. No es que encontremos en la literatura verdades universales ni reglas generales, como tampoco ejemplos incuestionables. Prévost creía que los lectores deducirían la regla del ejemplo. Sin embargo, la literatura actúa de un modo distinto a los mandamientos y a las parábolas. *Manon Lescaut*, lejos de ser leída como una alegoría del amor profano y del amor sagrado –Eros y Ágape–, se convierte muy pronto en el enigmático modelo del amor loco para las generaciones jóvenes: la novela les ofrece una sensibilidad, no un conocimiento ni un sentido del deber. [...] La literatura nos enseña a sentir mejor, y como nuestros sentidos no tienen límites, no concluye jamás, sino que permanece abierta –como un ensayo de Montaigne– después de habernos hecho ver, respirar o tocar las incertidumbres y las indecisiones, las complicaciones y las paradojas que se esconden detrás de las acciones, meandros en los cuales los discursos del conocimiento se pierden, pero que una larga frase de Proust abarca a la perfección. Existe, por tanto, un pensamiento de la literatura. La literatura es un ejercicio de pensamiento; la lectura, una experiencia de las posibilidades (2008: 63).

Anticipándose en más de una década a la publicación de *La inutilidad de lo inútil* de Nuccio Ordine (2013), apasionada defensa del saber humanístico, Compagnon trata de asegurar en su discurso la legitimidad social del conocimiento aportado por la literatura. Es cierto que, desde el punto de vista de la teoría de los afectos, el fragmento citado muestra algunas limitaciones. Entre ellas, podemos destacar que el presupuesto de que la literatura “se dirige a las emociones y a la empatía”, seguido del corolario de que “es un ejercicio de pensamiento”, no hace sino reforzar la polaridad tradicional entre la razón y los afectos. Lo que nos interesa aquí, en cualquier caso, es la orientación del discurso de Compagnon hacia claves afectivas, ideológicas y axiológicas, antes que estrictamente formales. Esta orientación es sin duda indiciaria de la debilidad institucional del saber que necesita apuntalarse a sí mismo como proveedor de modos de hacer y de sentir. Sin embargo, la posición encarnada por Compagnon sigue operando como línea de fuga dentro de los consensos dominantes en el ámbito de los estudios literarios.

El fragmento citado apunta, pues, hacia una interesante paradoja. Por una parte, el amor sigue estando ausente del discurso teórico-literario *stricto sensu*. Por otra parte, la omnipresencia del “giro afectivo” en el contemporáneo árbol de los saberes puede hacernos pensar que la “soledad del amor” de la que hablaba Barthes ha sido reemplazada por una suerte de “muerte por compañía”. Los *affect studies* obedecerían, en este sentido, a una lógica del tiempo determinada por la inflación de los sentimientos como objeto privilegiado de muy distintos discursos y prácticas sociales. Esta tendencia tiene, sin duda, consecuencias turbadoras. Una de las más visibles es la conversión de los afectos en mercancías en el contexto del capitalismo cognitivo, factor que subyace a la inflación de objetos culturales como los libros de autoayuda, los emocionarios, o los mapas interactivos basados en los sentimientos o los estados de ánimo del usuario.

Nos detendremos mínimamente en este último caso por el carácter emblemático de los mapas digitales en el contexto tecnológico. Pero también porque, aun cuando el avance del conocimiento en el terreno de la geolocalización haya permitido avances muy significativos de las cartografías de fundamento emocional, estas posibilidades

implican retos teóricos que no siempre han sido atendidos. Sin pretensiones de exhaustividad, podemos invocar aquí los desafíos planteados por los trabajos de Stuart Aitken y Jim Craine (2009), Stephen Boyd Davies (2009), Laurene Vaughan (2010) o Hans Rudolf Bär (2011), prometedores pero a la vez sintomáticos de un cierto desajuste entre la complejidad de la expresión literaria de las emociones y la aplicación de modelos teóricos de representación afectiva menos sofisticados de lo que sería deseable.

Pero tal vez el ejemplo más relevante de este desajuste es el proyecto *Mapping Emotions in Victorian London*.⁴ Diseñado al amparo del prestigioso Stanford Literary Lab, del que ejerce como coordinador Franco Moretti, el mapa se fija como meta desafiar los modelos cartográficos tradicionales introduciendo claves afectivas y abiertas a la interactividad. Sin embargo, lo cierto es que el resultado apenas trasciende la categoría de repositorio de textos literarios canónicos geolocalizados.⁵ El mayor desafío, en este contexto, consistiría en explorar las condiciones de posibilidad de una convergencia entre los modelos de representación cartográfica y los modelos de representación de los afectos. Pero lejos de asumir activamente este desafío, proyectos como el citado confirman un déficit recurrente: incluso en el terreno de las ciencias sociales y de las humanidades, la reflexión en torno a las emociones tiende a ignorar la vasta tradición de teoría literaria sobre los afectos, con jalones tan significativos como la catarsis aristotélica, la teoría de los grados del amor —teoría cristiano-medieval en la poética de los trovadores y árabo-islámica en la poesía de Ibn Arabi— o la refundación renacentista, y más tarde romántica, del género lírico como el más proclive a la expresión afectiva, hipótesis amplia y fecundamente discutida en la teoría contemporánea de la poesía (Lourido y Baltrusch 2012, Casas y Gräbner 2011, Casas 2012).

Si nos desplazamos desde las aplicaciones resultantes del “giro espacial” en las ciencias sociales a la lingüística computacional y muy especialmente a los modelos relacionados con la síntesis de voz y las teorías del habla (Francisco Gilmartín 2009), comprobamos que sus autores operan a menudo con concepciones afectivas heredadas de la biología o de la neuropsicología de las emociones. Particularmente atendidas desde el último tercio del siglo XX han sido las hipótesis derivadas del darwinismo, a partir del volumen *The Expression of the Emotions in Man and Animals* (1872). La teoría de Darwin sobre los afectos fue ignorada durante decenios debido al auge del relativismo cultural, pero se ha vuelto muy influyente desde el retorno del biologicismo universalista a la escena científica.⁶ Este retorno se tradujo, por ejemplo, en la pretensión de fijar modelos de representación de los afectos (dimensionales, bipolares, circunflejos...) o en el anhelo de reducir el rico y complejo universo emocional a una escala finita de emociones básicas. De entre ellas, la más reconocida universalmente es la que deriva de un estudio de Paul Ekman y Harriet Oster (1981) que, en su versión

⁴ Véase <https://www.historypin.org/en/explore/victorian-london/geo>

⁵ En esta apreciación soy plenamente deudora de un intercambio de ideas mantenido con el profesor Enrique Santos Unamuno, corresponsable del proyecto de investigación en el que se inscribe este artículo.

⁶ Dos testimonios muy claros de esta orientación son los volúmenes divulgativos *Emotion. A Very Short Introduction* de Dylan Evans (2001) y *Emotions. A Brief History* de Keith Oathley (2004), que aun cuando —sobre todo en el segundo caso— prestan cierta atención a los fundamentos socioculturales de los afectos, en general manifiestan una concepción abiertamente biologicista y/o cognitivista en el estudio de las emociones.

abreviada (alegría, tristeza, miedo, asco e ira) ha sido importada incluso por la industria del entretenimiento: así se refleja por ejemplo en *Inside Out* (2015) de Pixar, producida y distribuida por la factoría Disney,

A esta luz no es de extrañar que el reparto disciplinar de los estudios del afecto sea menos plural de lo que sería deseable. Siendo este objeto de estudio, por su propia naturaleza, poco reductible a los límites convencionales de las disciplinas científicas, en la práctica son la psicología, la biología y la sociología las áreas de conocimiento que detentan el monopolio sobre la materia. Es significativo que la actual fortuna crítica de la *Ética* de Spinoza obedezca en buena medida al uso que de ella hace Antonio Damasio (2005) al tomarla como emblema de una aproximación a las emociones desde el punto de vista de la neurología cognitiva. En el contexto en el que hemos decidido situarnos, resulta sin duda más fecunda la ya aludida lectura que de Spinoza han hecho filósofos como Gilles Deleuze (2011) o, más recientemente, Antonio Negri (2011). Atendamos al siguiente pasaje de Negri en torno a Spinoza, muy iluminador por cuanto concibe la *Ética* como línea de fuga en la articulación moderna de los afectos:

Amor. A veces escribo o hablo de ‘amor’ en el contexto del discurso sociológico. En general, me acosan con ironía y sarcasmos. ¡Qué difícil es desprender el amor de la vanidad psicológica del romanticismo o de la feroz utopía del misticismo! En realidad, es así como lo moderno ha interpretado –o eludido– el amor. Mientras que, por el contrario, la definición del *Amor* en Spinoza nos introduce en la relación racional y constructiva entre la potencia ontológica constituyente y la acción colectiva. En este sentido, una posible sociología de Spinoza constituye una especie de laboratorio que abre un camino a través y más allá de lo moderno, del individualismo posesivo, y que asume a la inversa el *amor* como una fuerza subversiva, que muestra la sociedad en tanto constitución de lo común, es decir, como el entrecruzamiento de la racionalidad y del deseo de las singularidades, como recorrido de una libertad común (2011: 108).

La “soledad del amor” vuelve a resonar clamorosamente en este pasaje. Sin duda la posición de Negri dista de la que habría adoptado Barthes, pero lo relevante aquí resulta ser la resistencia de ambos a entregar los afectos a los discursos y prácticas hegemónicos. En consecuencia, la perspectiva de ambos deja traslucir una rebeldía que se halla en relación directamente proporcional a la potencia transformadora del sentimiento amoroso. A continuación tendremos ocasión de mostrar que el amor no es un objeto tan insólito en el discurso sociológico como supone Negri, pero la cita pone de manifiesto de un modo especialmente gráfico el modo en que una determinada ética del amor puede llegar a desafiar los consensos del saber sociológico.

¿Sociología o sociologismo? Lo que es posible decir sobre el amor

Sobre todo debido al impacto de la teoría de los campos sociales de Pierre Bourdieu, en los últimos años la sociología se ha convertido en uno de los principales pilares epistemológicos de los estudios literarios.⁷ Supera los límites impuestos a este artículo

⁷ No han sido pocos los estudiosos que se han propuesto oponer un cierto contrapeso al *boom* experimentado por la teoría de los campos sociales. Tal vez el caso más célebre y emblemático sea el de *Estudios de Teoría Literaria*, año 5, nro. 9, marzo 2016, “El discurso amoroso como discurso enamorado. La obra de Roland Barthes a la luz de las teorías contemporáneas del afecto: 91-106”

la cabal comprensión de las implicaciones de este proceso, que aun cuando ha tenido consecuencias saludables, en otros casos ha supuesto la conversión de la sociología literaria en mero *sociologismo*. Baste por ahora con señalar uno de los principales efectos de esta tendencia. Nos referimos al abuso de un estilo académico tendente al empleo retórico de la supremacía *científica* de los métodos cuantitativos frente a los cualitativos. En este retorno al empirismo, la teoría crítica deja de ser concebida como búsqueda o aventura intelectual y se convierte en *doxa* capaz de demarcar la investigación legítima de la que no lo es, bajo la asunción implícita de que las ciencias sociales y humanas serían metodológicamente deficitarias con respecto al paradigma de las ciencias experimentales.⁸

La resistencia de Barthes a la posibilidad de una ciencia del amor se erige así en un auténtico punto de fuga con respecto a este tipo de consensos académicos: “Suponiendo que la ciencia sea posible, suponiendo que pueda haber una semiología 'científica' (dejaré esta cuestión de lado), sin duda no puede haber un discurso científico, metódico, iniciático sobre este objeto particular que es nuestro objeto: el discurso amoroso, es decir, el amor” (Barthes 2011: 293). De un modo más enfático si cabe, más adelante insistirá en la necesidad de trascender la conversión de un método –sea el sociológico o cualquier otro– en modelo de análisis normativo sobre los afectos:

Del amor no hay ciencia. Y es lo que explica –en parte– la excentricidad del amor: que puede ser “universal”, pero sin duda no “mundializable”, es decir, integrable en las ciencias de la sociedad (ahora mundial). Sería curioso saber lo que pueden pensar de él, teóricamente, un sociólogo (por muy abierto que sea), un lingüista, un analista de sistemas antropológicos (incluso la teoría psicoanalítica es errática, parcelaria, sobre este tema): probablemente “nada” (Barthes 2011: 294).

Este nihilismo *avant la lettre* resulta tanto más provocador si tomamos en consideración el hecho de que una de las competencias directas de la cátedra ocupada por Barthes en el Centro Nacional de Investigación Científica de París era, precisamente, la sociología. Este es un ejemplo más de las múltiples refracciones entre la posición institucional del autor y su búsqueda –fértil y desasosegada– de una ética de la escritura. Por todo ello su obra nos incita a poner a prueba lo que podríamos denominar *verdades sociológicas* sobre el amor, que en la sociedad contemporánea han venido a confluir con una serie de *verdades psicológicas y neurobiológicas*. A fin de

Nathalie Heinich, discípula del prestigioso sociólogo, cuyo elocuente *Pourquoi Bourdieu* (2007) desató una notable polémica en el campo académico francés.

⁸ Las recientes incursiones de Itamar Even-Zohar, estudioso de la Universidad de Tel Aviv, en el evolucionismo biológico ilustran de modo ejemplar esta tendencia, toda vez que, como es sabido, la teoría de los polisistemas ha dialogado de modo muy fecundo con la teoría de los campos sociales de Pierre Bourdieu, dando lugar a un paradigma que algunos investigadores han denominado *teorías empírico-sistémicas*. Prueba de este viraje hacia las ciencias de la naturaleza son las intervenciones de Even-Zohar en seminarios de investigación como el organizado por el grupo Galabra en noviembre de 2011 en la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago de Compostela o, más recientemente, su participación como moderador en la conferencia “Towards a Science of Culture within a Darwinian Evolutionary Framework” de Alex Mesoudi, investigador del Department of Anthropology Centre for the Coevolution of Biology and Culture de la Durham University. Esta intervención es accesible en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=yT32gKqQEFU>. [Última consulta: 10/09/2015].

expandir las implicaciones de este *sociologismo* de los afectos, partiremos de dos autores de amplia resonancia en este ámbito: los sociólogos Niklas Luhman y Eva Illouz. El objetivo último de esta colación es traer al debate contemporáneo sobre los afectos, a modo de contrapunto, algunas *verdades literarias* sobre el amor, de las que Roland Barthes siempre fue un interlocutor destacado.

Comenzaremos por referirnos a la monografía *El amor como pasión. Hacia una codificación de la intimidad* (1982) de Niklas Luhman. Se trata de un trabajo pionero en el tratamiento semiológico y sociológico del amor, incluido el empeño por aislar las normas y reglas que rigen el proceso del enamoramiento y por desvelar las deudas que los grupos sociales –fundamentalmente la burguesía– contraen con respecto a determinados códigos de origen literario. El libro de Luhman pone de relieve el hecho de que la construcción cultural del amor resulta del máximo interés en la investigación sociológica. Al mismo tiempo, permite confirmar la paradoja de que, en tanto la experiencia literaria permite articular determinadas hipótesis a los investigadores sociales, estas hipótesis suelen formularse fuera del campo de los estudios literarios. No es necesario insistir aquí en la ascendencia del modelo sociológico de Luhman en las contemporáneas críticas del amor romántico,⁹ aunque con anterioridad ya autores como Denis de Rougemont (1993) habían apuntado hacia el origen literario del sentimiento amoroso. Pero frente a Rougemont, el uso que Luhman hace de las obras literarias a lo largo de su obra se perfila como claramente instrumental y poco atento a los pliegues específicos del discurso literario. A este respecto, resulta muy clarificador un pasaje donde el sociólogo se refiere a la incidencia de la novelística de Jane Austen en la forja de los estilos emocionales de las jóvenes previctorianas:

El amor no es tratado aquí –o lo es sólo en ocasiones– como un sentimiento, sino como un código simbólico, una clave que informa de qué manera puede establecerse una comunicación positiva, incluso en los casos en que esto resulta más bien improbable. El código estimula la génesis de los sentimientos correspondientes. Sin la existencia de ese código, opinaba La Rochefoucauld, la mayoría de los seres humanos no alcanzaría tales sentimientos. Las jóvenes inglesas, que buscaban eso mismo en las novelas previctorianas, tenían que esperar los signos visibles de un amor dispuesto al matrimonio, antes de que les fuera dado descubrir conscientemente lo que es el amor. No se trata, pues, de la pura invención de una teoría sociológica, sino de un estado de cosas real que se viene reflejando desde hace tiempo en la semántica del amor (2008: 24).

Con su rígida delimitación del lenguaje y del metalenguaje, el aserto de que “el código estimula la génesis de los sentimientos correspondientes” muestra a las claras las limitaciones de una concepción excesivamente mecanicista del vínculo entre literatura y sociedad. No es solo que el único propósito de los textos literarios parezca ser el de facilitar modelos de buena conducta a las jóvenes previctorianas, y de paso ejemplos

⁹ Resulta cada vez más necesario evaluar la visión a menudo reduccionista del romanticismo filosófico y literario que subyace a la demonización del denominado *amor romántico*, que ha llegado a ser identificado, por parte de algunos sectores vinculados al activismo de género, como germen de la violencia patriarcal. A este respecto, es muy lúcida una columna de la crítica de la filósofa catalana Marina Garcés (2013), elocuentemente titulada “La cruzada antirromántica”.

elocuentes a la teoría sociológica. Es que, por el camino, el sociólogo ha pasado por alto una de las principales valencias del lenguaje literario de Austen: es decir, la ironía. Resulta muy significativo que la socióloga Eva Illouz, en su libro *El consumo de la utopía romántica* (2009) parta del citado pasaje para someter a crítica algunas de sus hipótesis de Luhman, concluyendo que “los relatos autobiográficos de las personas entrevistadas no pueden reducirse a mera copia o simulacro de ese código 'ficcional'. La influencia es recíproca” (2009: 228). Illouz advierte con acierto los peligros que una proyección inversa de la teoría del reflejo tendría en la sociología de Luhman, pero incurre a su vez en una argumentación en cierto sentido tautológica: la vida emocional de las personas tiene tanta influencia en la literatura como la literatura en la vida emocional de las personas. La concepción barthesiana del amor opera de nuevo como antídoto con respecto a la simplicidad de una sociología basada en el modelo semiótico –al modo de Luhman– o en los métodos del testimonio y de la historia oral –al modo de Illouz–. Al plantear una indistinción radical entre quien lee, quien ama y quien analiza, muestra que los lectores enamorados no solo leen textos, sino que devienen textos, consideración que impide la delimitación operativa, pero también sumamente restrictiva, entre el sujeto y el objeto del conocimiento.

Tal vez la dimensión en la que el análisis de Eva Illouz se muestra más sagaz es en el reconocimiento de la centralidad concedida a la psicología en la caracterización de los estándares emocionales, que la sociedad contemporánea sitúa al servicio de las relaciones económicas. La socióloga se refiere, además, a un ideal comunicacional, que actuaría como un auténtico dispositivo de regulación del régimen emocional del presente, sometiendo los sentimientos a un intenso proceso de racionalización: “El ideal de ‘comunicación’, masivamente promovido en las relaciones económicas, íntimas y paternofiliales, transformó y estandarizó la vida emocional alrededor de unos cuantos elementos clave: las emociones debían verbalizarse e intelectualizarse constantemente, es decir, debían ser objeto de introspección y comprensión” (Illouz 2014: 52-53). Siendo plenamente consciente tanto de los límites de la teoría de la comunicación como del carácter normativo de la psicología en general y del psicoanálisis en particular, la operación de Roland Barthes es, sin embargo, muy distante. Aunque en su Seminario usa como intertexto explícito el psicoanálisis, en sus variaciones lacaniana y freudiana, enseguida comprende que para hacerle justicia al amor debe aprender a hablar como un enamorado.

Para Barthes, pues, no se trata de que *logos* y *eros* se hayan entrelazado al largo de los siglos, tal y como parece descubrir con sorpresa Byung-Chul Han, que a propósito de *El banquete* platónico escribe: “Hasta ahora apenas se ha prestado atención suficiente al hecho sorprendente de que, precisamente, en los comienzos de la filosofía y la teoría estuvieran el *Logos* y el *Eros* enlazados en una unión tan íntima” (Han 2014: 40). En su análisis del sentimiento amoroso Han dice ser deudor de Barthes, pero en ese “hasta ahora” del fragmento citado no lo tiene en cuenta. Yendo un poco más lejos, de acuerdo con la concepción barthesiana del amor no se trata únicamente de que el *Logos* y el *Eros* se entrelacen, sino de que el propio amor es discursivo, una fuerza capaz de transformar el *Logos* en *Eros*. La consecuencia lógica de esta consideración es el entendimiento de la escritura en general, y de la escritura crítica en particular, como una potencia atravesada por un impulso erótico, pero también como la irrupción de una herida irreversible: “El amor se origina en un trauma [...]. A partir de este punto, el

sujeto se encuentra en una fractura, la disociación de dos sistemas: uno social (de carácter ficticio) y uno amoroso (marcado por la verdad)” (Barthes 2011: 62). Como veremos en lo que sigue, Roland Barthes no sostiene una idea del amor como acuerdo sociológico, sino como verdad que se levanta frente a lo social.

Crítica y escritura. El amor como infracción de la norma social

Al menos desde *El placer del texto* (1974) –con un repunte muy significativo en *Sade, Fourier, Loyola* (1977)– la obra de Barthes había dejado claro que la principal vía y medio de conexión con los textos era el placer. Pero será *Fragmentos del discurso amoroso* (1982) la obra que opere al tiempo como llave y bisagra del último segmento del *corpus* barthesiano. Igual que en *Roland Barthes por Roland Barthes*, su dimensión deliberadamente autobiográfica tiene el efecto de poner en crisis el sujeto del conocimiento. Pero la insistencia del autor en la dificultad de distinguir entre lenguaje y metalenguaje, que se hará muy visible sobre todo a partir de la *Lección inaugural*, lleva este discurso fragmentario sobre el amor hacia un estadio en el que se funden por completo el sujeto del conocimiento y el sujeto de la enunciación. Lo que Barthes impugna, *de facto*, es el sujeto trascendental de la tradición fenomenológico-hermenéutica, muy presente en Francia debido a la recepción de la filosofía alemana a lo largo del siglo XX y muy presente también –a través del encuentro entre Sartre y Brecht– en el primer Barthes. Sin embargo, en sus últimas obras esta operación de borradura no consiste en hipostasiar el texto frente al autor –como había hecho, por ejemplo, en *S/Z* (1980)–, sino en dar cuerpo al sujeto postulando la indisolubilidad del *logos* y del *eros* en la escritura. “Soy el escriba del discurso amoroso que se ha escrito, se escribe o se escribirá en mí” (Barthes 2011: 304). Por eso el discurso afectivo en general, y el amoroso en particular, serían decisivos para quien, como ha afirmado Luís G. Soto “convirtió en ética su relación con la escritura” (2015: 34).

En su aproximación a las pasiones y a los afectos, Barthes reconoce todo aquello a lo que las contemporáneas teorías de las emociones se resisten: la intransitividad radical de la vida afectiva, toda vez que los medios por los que discurren las emociones (sean estos verbales o visuales) no son translúcidos sino opacos, y piden ser comprendidos en sus propios términos. Hasta el deseo, que no tiene objeto, comparece en la experiencia afectiva ligado indisolublemente al placer, que no lo tiene. La reflexividad del verbo *enamorarse* en lengua castellana deja claro el desplegarse del sujeto en el proceso de enamoramiento, del que es protagonista por más que tome a otro por objeto. El desafío para Barthes será el de dar cuenta, por medios discursivos, del carácter al mismo tiempo reflexivo e intransitivo del amor. A este respecto, resulta muy interesante el hecho de que tanto en *Fragmentos de un discurso amoroso* (1982) como en el *Placer del texto* (1974) o en *Roland Barthes por Roland Barthes* (1978) el crítico emplee la escritura-diccionario, que propicia un reconocimiento azaroso y fragmentario de la experiencia sensible. Calibremos aquí la distancia que media entre la sofisticación del concepto de *lexía* y la pretensión contemporánea de registrar y reducir la riqueza de la vida emocional en los emocionarios o diccionarios de los sentimientos.¹⁰

¹⁰ Sin ánimo de exhaustividad, para el ámbito español podríamos hablar de los precedentes de José Antonio Marina (1999) o Carlos Castilla del Pino (2000) —cuyos discursos respectivos se anclan, no por *Estudios de Teoría Literaria*, año 5, nro. 9, marzo 2016, “El discurso amoroso como discurso enamorado. La obra de Roland Barthes a la luz de las teorías contemporáneas del afecto: 91-106

En el mismo sentido en el que Gilles Deleuze y Felix Guattari habían sostenido en el *Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (1973) el carácter eminentemente transgresor de las máquinas deseantes, Barthes vincula el placer y el goce a la infracción de la ley. Nada más alejado de la economía afectiva del capitalismo, y de su proclividad a entender las emociones como entidades más o menos autónomas y definibles a las que, en el lenguaje de la mercadotecnia del yo, es necesario “gestionar”. En justa correspondencia con esta ética de la gestión emocional, el estilo afectivo del capitalismo tardío se perfila con los trazos de pacatería y morigeración que Eva Illouz dibuja con trazos certeros en libros como los ya mencionados o, de forma todavía más específica, en *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo* (2007) y *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica* (2012). Resulta de nuevo ejemplar el modo en que la teoría barthesiana de los afectos se había anticipado a estas críticas, aun cuando sus fuentes sean muy distintas. En lugar de recurrir a la psicología, a la sociología o a la teoría de la comunicación, Barthes toma en consideración la hipótesis de la *economía del don*, enunciada por el antropólogo Marcel Mauss (2009). Y es aquí donde su discurso amoroso entra en diálogo con el gasto excesivo de Bataille (1987) o con las reflexiones de Sarduy (1972) sobre el barroco y el neobarroco.

Ya hemos visto que para Barthes los afectos, y en particular el amor, no son objetos de ciencia: su condición huidiza y sensible los aleja tanto del dominio de la naturaleza como del dominio de la historia. Una frase enigmática, sobre todo si tenemos en cuenta el auge contemporáneo de la historia de las emociones, es aquella que conecta el orden alfabético de las figuras amorosas con una falta de “concesiones al concepto 'historia del amor', totalmente diferenciado del de 'discurso amoroso’” (Barthes 2011: 277). Por lo tanto, si el entendimiento barthesiano de las emociones no es ni biológico, ni sociológico ni histórico —si no puede haber, según él, una ciencia del amor—, el conocimiento de los afectos debe ser entendido como una tarea de desvelamiento crítico; es decir, como una obra en curso. Y es aquí donde reside el efecto político de la indistinción entre crítica y escritura, esa escritura que Nora Catelli ha sabido entender como “la marca de todos aquellos que hacen crítica desde la pérdida de la inocencia”:

La escritura [para Barthes] no es un ente, sino un cruce: entre lo que se nos impone, la lengua, que nos viene dada, y lo que nosotros recibimos y lo que hacemos con ella. La escritura es la responsabilidad del escritor. No para hacer del lenguaje un instrumento de denuncia, sino para luchar con el lenguaje, para no ceder nunca a la tentación de aceptar lo heredado sin violentarlo. No solo el escritor tiene esa responsabilidad. Para Barthes la crítica y la transmisión deben hacerse cargo de esa incomodidad ante todas las tradiciones. La universitaria, la positivista, la de los historiadores de la literatura (2015: 9).

A lo largo de este artículo hemos tratado de examinar críticamente el sentido de un doble movimiento que afecta a las condiciones de posibilidad de un discurso contemporáneo sobre el amor. Por una parte, los *affect studies* no suelen concederle especial relevancia a las investigaciones teórico-literarias. Por otra parte, cuando al amparo de una alianza con las nuevas tecnologías los estudios lingüísticos y literarios

casualidad, en los ámbitos pedagógico y psiquiátrico— o del más reciente *Emocionario* de Cristina Núñez Pereira y Rafael Romero Valcárcel (2013), de vocación eminentemente didáctica.

deciden tomar por objeto los afectos, suelen acudir a modelos de representación importados de disciplinas ajenas a la tradición humanística, proceso que hemos ejemplificado a partir de los mapas digitales o de los programas de síntesis de voz. En este contexto, cabe preguntarse por el origen de la pérdida de relevancia de teoría literaria en esta materia, teniendo en cuenta que, como hemos visto, la filosofía y la poética han sido discursos proveedores de teorías emocionales desde la Antigüedad. A la indudable centralidad de la neurobiología y de las ciencias cognitivas en el contemporáneo árbol de los saberes viene a sumarse una excesiva dependencia de la teoría de los últimos decenios con respecto a las pautas epistemológicas y metodológicas importadas de la sociología.

Resulta muy ilustrativo confrontar este panorama con el contexto de producción de la escritura de Barthes, ese período que, con dosis equivalentes de acierto e ironía, Manuel Asensi (2006) ha denominado “los años salvajes de la teoría”. No es casual que en aquellos decenios la teoría crítica y el postestructuralismo se convirtieran en extraordinarios atractores para los pensadores contemporáneos, especialmente para aquellos que quisieron preocuparse conscientemente del deseo o de la pasión. A los ya mencionados Deluze y Guattari habría que sumar aquí los nombres de Julia Kristeva (1987), que tira del hilo psicoanalítico en sus *Historias de amor*, o Jacques Derrida (2011), que en *Pasiones* se ocupa profusamente de la relación entre la literatura, la promesa y el secreto. A la inversa, no hace falta sostener, con Luís G. Soto (2015), la tesis de que Roland Barthes era un filósofo para reconocer la cercanía de su discurso amoroso con respecto a la tradición filosófica –que es también, en muchos sentidos, una tradición literaria–. A este respecto, sería suficiente con invocar los ejemplos de *El banquete* o del *Fedro* platónicos, que junto al *Werther* de Goethe constituyen la médula del Seminario sobre el amor.

Volver a Barthes, en suma, sería un buen modo de dotar el “giro afectivo” de mayor complejidad y sutileza. Su concepción poética y compleja del amor puede operar como un mecanismo de revalorización de todos aquellos lenguajes vinculados a lo imaginario (especialmente la literatura) por los que el crítico siempre mostró una especial querencia. En este sentido, es posible afirmar que Barthes creó una verdadera alternativa a los discursos dominantes sobre el sentimiento amoroso. El *no lugar* de su pensamiento en el conjunto de los saberes disciplinarios es sin duda el lugar del pensamiento crítico (de una crítica que es al mismo tiempo teoría, de un sujeto que es a la vez objeto), un espacio desde el que producir discursos ni exactamente hostiles ni exactamente cómplices con respecto a los de la literatura, la filosofía o el psicoanálisis. Es aquí donde su discurso amoroso dista de los consensos mediáticos y de las psicologías, neurobiologías y sociologías contemporáneas del amor, que tienden a usar la literatura como mero instrumento de sus leyes y regularidades. En contraste a la *doxa* de las ciencias sociales neopositivistas, la resistencia de Barthes a deslindar el lenguaje del metalenguaje resuena todavía como una valiosa lección para la construcción de una ética y una política amorosa del tiempo presente.

Referencias bibliográficas

- Aitken, S. y J. Craine (2009), "The Emotional Life of Maps and Other Visual Geographies". En M. Dodge, R. Kitchin y Ch. Perkins (eds.), *Rethinking Maps*. Londres: Routledge, 149-166.
- Asensi, M. (2006), *Los años salvajes de la teoría*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Badiou, A. (2008), *Éloge de l'amour*. Paris: Flammarion.
- Baer, H. R. (2011), "Improved Density Estimation for the Visualisation of Literary Spaces". En *The Cartographic Journal*, 48 (4), 309-316.
- Bär, H. R. (2011). "Improved Density Estimation for the Visualisation of Literary Spaces". En *The Cartographic Journal* 48 (4): 309-316.
- Barthes, R. (1974), *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____. (1977), *Sade, Fourier, Loyola*. Caracas: Monte Ávila.
- _____. (1978), *Roland Barthes por Roland Bartes*. Barcelona: Kairós.
- _____. (1980), *S/Z*. México: Siglo XXI.
- _____. (1982), *Fragmentos de un discurso amorosos*. México: Siglo XXI.
- _____. (2004), *Cómo vivir juntos: simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____. (2011), *El discurso amoroso. Seminario en la École des hautes études en sciences sociales 1974-1976. Fragmentos de un discurso amoroso (Textos inéditos)*. Barcelona: Paidós.
- Bataille, G. (1987), *La parte maldita*. Barcelona: Icaria.
- Boyd Davies, S. (2009), "Mapping the Unseen: Making Sense of the Subjective Image". En Christopher Nold ed. *Emotional Cartography: Technologies of the Self*: <http://emotionalcartography.net/EmotionalCartography.pdf>. (20/12/2012)
- Casas, A. (2012), "La poesía no lírica: enunciación y discursividad poéticas en el nuevo espacio público". En Domingo Sánchez Mesa et alii (eds), *Actas del I Congreso Internacional de la Asociación Española de Teoría de la Literatura*. Granada: Universidad de Granada.
- Casas, A. y C. Gräbner (2011), *Performing Poetry: Body, Place and Rhythm in the Poetry Performance*. Amsterdam: Rodopi.
- Castilla del Pino, C. (2000), *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Tusquets.
- Catelli, N. (2015), "Roland Barthes, el lector irreproachable". En *Babelia*. Suplemento de *El País*, 15 de agosto, 9.
- Clough, P. T. y J. Halley (2007), *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham: Duke University.
- Compagnon, Antoine (2008), *¿Para qué sirve la literatura?* Barcelona: Acantilado.
- Damasio, A. (2005), *En busca de Spinoza*. Barcelona: Crítica.
- Deleuze, G. (2011), *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, G. y F. Guattari (1973), *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Barral.
- Delgado, L. E., P. Fernández y J. Labanyi (2015), *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History*, Nashville: Vanderbilt UP.
- Derrida, J. (2011), *Pasiones. La ofrenda oblicua*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ekman, P. y H. Oster (1981), "Expresiones faciales de la emoción". En *Estudios de Psicología*, 7, 115-143.

- Evans, D. (2001), *Emotion. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Foucault, M. (1999), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- Francisco Gilmartín, V. (2009), *Identificación Automática del Contenido Afectivo de un Texto y su Papel en la Presentación de Información*. Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid: <http://eprints.ucm.es/8608/> (20/09/2015).
- Garcés, M. (2013), “La cruzada antirromántica”. En *Diagonal*, 20 de junio: <https://www.diagonalperiodico.net/culturas/la-cruzada-antirromantica.html> (06/10/2015).
- Han, B.-Ch. (2014), *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Heinich, N. (2007), *Pourquoi Bourdieu*. Paris: Gallimard.
- Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- (2009), *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- (2012), *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz.
- (2014), *El futuro del alma. La creación de estándares emocionales*. Buenos Aires/Barcelona: Katz/CCCB.
- Kristeva, J. (1987), *Historias de amor*. México: Siglo XXI.
- Lourido, I. y B. Baltrusch (2012), *Non-Lyric Discourses in Contemporary Poetry*. Berna: Peter Lang.
- Marina, J. A. (1999), *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Massumi, B. (2002), “The Autonomy of Affect”. En *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University Press.
- Mauss, M. (2009), *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz.
- Negri, A. (2011), *Spinoza y nosotros*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Núñez Pereira, C. y R. Romero (2013), *Emocionario. Di lo que sientes*. Madrid: Palabras Aladas, 2013.
- Oathley, K. (2004), *Emotions. A Brief History*. Londres: Routledge.
- Ordine, N. (2013), *La inutilidad de lo inútil*. Barcelona: Acantilado.
- Reddy, W. M. (2001), *The navigation of feeling. A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rougemont, D. de (1993), *El amor y Occidente*. Barcelona: Kairós.
- Sarduy, S. (1972), “El barroco y el neobarroco”. En *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI Editores, 167-184.
- Soto, L. G. (2015), *Barthes filósofo*. Vigo: Xunta de Galicia/Editorial Galaxia.
- Stearns, P. N. y C. Z. Stearns (1985), “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”. En *American Historical Review*, 90, 813-836.
- Sedgwich, E. K. (2003), *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*. Durham: Duke University Press.
- Seigworth, G. J. y M. Gregg (eds.) (2010), *The Affect Theory Reader*. Durham: Duke University Press.

- Vaughan, L. (2010), "Mapping the Imagined". En K. Kriz, W. y L. Hurni (eds.) *Mapping Different Geographies*. Heidelberg: Springer, 93-101.
- Zizek, S. (2014), *Acontecimiento*. Madrid: Sexto Piso.